Por otra parte, el espíritu de secta despojaba a las obras de la Cultura de lo que es su primera justificación: el goce desinteresado, el intrínseco valor —fuera de todo empleo pragmático— que radica en ellas. El proselitista y el partidario contra el hombre mismo, era la tragedia de nuestra edad. Que el conocimiento se trocase en arma política, que pusiéramos las grandes obras al servicio de nuestra particular dialéctica; que prolongásemos con los muertos —escritores, filósofos, artistas— la misma guerra civil que devoraba a los vivos. Aplicarle a la obra o al período histórico un esquema, de acuerdo con las conveniencias del partido, y ya podía uno ahorrarse cualquiera investigación ulterior. Parecía que cada gran personalidad histórica o cada obra señera, Dante y la Divina Comedia, Bach y el Concerto Grosso, Goethe y la Ifigenia, necesitan un rótulo, y el papel definidor era esparcir aquellos títulos frecuentemente engañosos —“Reaccionario”, “Jacobino”, “Complejo de Edipo”— con la misma soltura con que el boticario pega sus papeles de diferentes colores según se trate de un veneno o de un suave calmante. Llegábase, así, a un tipo de ignorancia que completaba la definición de Erasmo: la ignorancia pedante, la del que adquirió con sus formulitas un áncora y salvavidas universal; la del que amurallado en el grupo o la secta se niega a mirar y entender la diversidad humana. Autoengañándose, el hombre llegaba —como los nazis de Rosemberg— al culto del mito; no importaba la verdad, sino lo que se proponía creer. Era el *credo quia absurdum* de nuestro moderno inmanentismo. La Historia pasaba a ser una ficción, y lo que tenía validez era aquella parte de mentira que el partido o la secta adoptó como creencia. Los mismos partidos que se decían de masas, las despreciaban o las consideraban meros instrumentos de poder, ofreciéndonos la verdad trunca, el arma de propaganda falseada cuyo secreto sólo penetraban los dirigentes. La “consigna” se elaboraba en el cerrado cenáculo de aquéllos y la disciplina del partidario era repetir la sin examen. Por eso, paradójicamente, ninguna época como la nuestra, y a pesar de su énfasis populista, tuvo mayor desprecio por el hombre. Hemos vivido días de diáspora, de nuevas cautividades de Babilonia, de campos de concentración, de cacerías de hombres en las fronteras; de crímenes políticos.

No me arrepiento de ese canto casi melancólico de lo que ya se advertía como en trance de desaparecer, que contiene mis meditaciones europeas de hace diez años. La fe en los valores que están más allá de la secta o de la propaganda del instante, la consideración o —si se quiere— el sueño de un Arte, una Ciencia y una Filosofía que desde lo meramente temporal se proyecte hacia más fijos valores humanos, continúa siendo, a pesar de las guerras, las crisis y los odios de nuestra edad, el supuesto de toda idea de Cultura. Después de todo desorden, toda pasión y extrema bizzarria en que quisimos dilapidar y destruir la herencia espiritual de Occidente, se impondrá —cuando baje al nivel normal la marea de este tiempo trágico— otra exigencia de formas y de universalidad. Ven-

turosamente se desvanecen ya ante nuestra vista algunos de los mitos e ilusiones con que nos extraviarnos en la ruta de la civilización: el irracionalismo o la manera nazi; el economismo y el positivismo como se hipertrofiara en el estilo de vida norteamericano. Dinero y Poder, dos excluyentes divinidades de nuestra Edad que expulsaron de su Olimpo a los otros valores, han probado su ineficacia para atender a esta permanente solicitud de felicidad y armonía terrestre. Los superhombres del Poder político, los Führer de los últimos años, han comenzado a suicidarse o han sido desgarrados en pedazos por las mismas multitudes fanáticas y rencorosas que los exaltaron. Como en la extraña película de Orson Welles, los “zares del Capitalismo”, los “ciudadanos Kane” mueren de angustia pronunciando una palabra mágica que contiene —como una ironía frente a su abundancia— el terrible secreto de las almas frustradas. Nuevos modos de ordenación ética, reajuste de la conciencia y la sensibilidad dislocada por las últimas pesadillas, es lo que quiere el hombre de estos días. Vivió en el ostracismo o la persecución política, regresó de la guerra y de los campos de concentración y debe rehabilitarse a lo que había olvidado: el gusto del pan y de la vida pacífica, el libro, el trato confiado con los amigos, la tolerancia y la libertad que deben ser tan usuales y propias del hombre como sus vicios contrarios, porque previniéndonos contra la romántica idealización de la “bondad natural” caímos en el dogma opuesto. No consiste el problema en “organizar las naciones” satisfaciendo la demanda de poder de tres o cuatro grandes Estados, sino atender primero como principio de toda relación internacional, el rescate de aquellos derechos humanos eclipsados durante las últimas décadas de totalitarismo. Una creciente insensibilización ante el drama del hombre que iba hasta el sacrificio y despojo de pueblos enteros para calmar la exigencia de un canciller agresivo que explotaba la pusilanimidad de las naciones contrarias, caracterizó la política prebélica y la que parece seguir prevaleciendo en los presentes días. “¿Qué nos importa Checoslovaquia?”, decían, después de Munich, los paseantes de Londres y los ciudadanos de París. Que Hitler se engullera una provincia o mandara al destierro y la muerte a varios millares de judíos, no iba a interrumpir nuestra particular fiesta, nuestro despreocupado *carpe diem*. Pero cuando las tropas nazis desfilaron bajo el Arco de Triunfo y el fuego de los bombarderos caía sobre Inglaterra, los apaciguadores de dos años antes advertían que el problema del hombre no es divisible, y que al desatar la injusticia y el odio, se hace muy difícil detenerlos en una sola frontera.

Una verdad tan sencilla como la de que la Cultura no es poder, sino convivencia; búsqueda de la nunca saciada felicidad que es el sino nostálgico de toda vida, será lo que podrá reeducarnos. Tiempo para leer a nuestros clásicos y pedirles una como superior pedagogía de lo humano; alto goce de las formas; valores de creación espiritual que se opongan a la *libido dominandi* y al mecánico economismo positivista, es lo que recla-

mamos después de estos años de sumo pavor y vértigo. La medida de toda Cultura no es nivelar los hombres en la vulgaridad cotidiana, sino hacerles desear la Belleza. Por eso reconstruir el mundo es encontrar otra vez los arquetipos: los cánones que desde nuestra discordia y conflicto particular nos eleven a aquella esfera superior —esfera platónica de las ideas— inalterable a todo accidente; forma de las formas, estrella polar del espíritu.

PREGUNTAS A EUROPA

PROLOGO DE 1937

Este libro recoge algunas de las imágenes y reflexiones de un itinerario y permanencia europeos. Se podría deducir de él —aunque yo no lo quise, porque prevaleció el goce de mirar, de comprender y de comunicar— una intención veladamente práctica. El viaje a Europa fue un viaje al fondo de mi yo suramericano que anhela tener conciencia de lo que le falta, y lo busca través de los hombres, los paisajes y las culturas distintas. Optimistamente muchos teóricos de América nos invitan a la fe ciega en nuestras posibilidades e ignoto destino, considerando el Atlántico como una inmensa frontera de agua que nos separa profundamente de la civilización europea. Y por obra de nuestro conformismo y nuestra fe, iría brotando aquí, en las pampas y las montañas de América, como expresión y canto de nuestros hombres morenos, una nueva creación cultural. El destino de América se suele mirar bajo la forma de dos mitos que me parecen igualmente peligrosos. Uno es el mito romántico de los que creen que la Cultura surge como la gracia, especie de don divino caído del cielo, que de pronto encarnaría en nosotros y extraería de las más profundas zonas del alma las revelaciones que estuvieron dormidas. Muchos soñadores suramericanos, partidarios de la pereza obligatoria, aún esperan que esa profecía de América hable por sus bocas en el momento más inadvertido, así como el medium en estado de trance suele transmitir el mensaje —generalmente poco interesante— de los muertos. Pero una Cultura no se hace de inspiración o de abandono místico, sino de voluntad y propósito. Otros confunden —y son los más— la Cultura con el progreso material y con la obra de tecnificación que manos y capitales extranjeros realizan en nuestras ciudades suramericanas. Contra estos dos mitos de la incuria y de la conformidad, asume mi pequeño libro una posición beligerante.

Más que lo exterior de Europa, tan conocido por las guías y las tarjetas postales, me preocupó el aspecto interno de la civilización europea, y quise proyectar en aquel histórico escenario una cuestión que para mí es

la más importante de cuantas podamos plantearnos: el destino del hombre y el fin de la vida. Bajo aspectos culturales distintos, cada nación visitada me ofreció su propia respuesta. Mi alma suramericana inquiría, también, qué debemos aprender, y cómo puede aún servirnos Europa en esta dramática hora del mundo. Con nuestro gusto, un poco retórico de la antítesis, se propala por ahí que América no necesita de Europa, porque tiene la conciencia de ser distinta. Lo americano no se basa, entonces, en la afirmación concreta, sino en la negación infecunda. Considero que Europa nos es profundamente útil si tratamos de penetrar y aprovechar para nuestras propias creaciones, los probados métodos de su vieja civilización. Europa ha sido un Continente creador de formas, y el problema de la Cultura es esencialmente un problema de forma. Sobre lo particular y lo nacional —que interesa a tantos románticos— existe lo Universal humano. Y una Cultura es verdaderamente grande cuando, remontándose sobre las imágenes particulares, llega como los griegos, los franceses, los italianos del Renacimiento, la edad de oro de la Filosofía alemana, a descubrir las normas universales. La crisis espiritual que desgarró a algunas naciones europeas se debe a que en la turbación y nerviosidad de estos últimos años de prueba económica e inquietud política, se han encerrado en un ciego nacionalismo, en una mística de odio, que podría hacer saltar en pedazos, para que comience una nueva y oscura Edad Media, el edificio magnífico de la civilización occidental. Afortunadamente, frente a la Europa que está enferma, hay otra que se conserva sana.

Quizá Europa y América, sentidas como mitos o como símbolos, encierran un doble anhelo del hombre, cuya integración y síntesis constituye un ideal histórico. Mientras que Europa es para nosotros el mundo de la Cultura, de todas aquellas cosas imponderables y exquisitas que nos dan los libros franceses o las piedras y las pinturas italianas, el paisaje histórico que poblamos de sueños, Europa mira en América la Naturaleza y el espacio de un mundo joven. Desde Rousseau y Goethe muchos grandes europeos viven en nostalgia de Naturaleza como los suramericanos queremos aplacar el instinto y la pasión ciega en el orden de la Cultura. Cuando la Cultura pierde el contacto de la Naturaleza, se convierte en intelectualismo frío, en el cálculo abstracto e inhumano. La Naturaleza sin la Cultura es el reino sombrío y casual del instinto, la sorpresa hecha terror, la crueldad sedienta, el pánico del que no sabe. "Hay una barbarie de la reflexión como hay una barbarie del instinto", decía Schiller. Los grandes momentos de la Humanidad son aquellos en que —como en la clara mañana del clasicismo griego— la inteligencia y la vida pueden marchar juntas; el espíritu no niega al cuerpo, sino lo comprende y lo integra.

La Cultura de Europa y la Naturaleza de América se desean, pues, y se buscan, como en un vasto sueño de humanidad total. Es una idea

que, desenvuelta y ejemplarizada a través de los itinerarios y los paisajes cambiantes, sirve de *leit motiv* a este pequeño libro.

MEDITACION FRANCESA

Cuando hace algunos años el audacísimo pensamiento alemán, por boca de profetas tan elocuentes como Spengler, empezaba a penetrar nuestra cultura y nos lanzaba en el camino de las grandes aventuras intelectuales, nuestro novedoso espíritu suramericano, para quien el pensamiento es como otra forma de sensación, quizá halló que Francia —la tradicional Francia, antes tan admirada— había quedado como al margen de los problemas más palpitantes de nuestro tiempo. Solíamos acudir a Francia después de nuestra sobrealimentación alemana como para corroborar las extrañas ideas de los tudescos, y Francia nos reservaba —como enfriándonos— su vieja prudencia gala, sus escrúpulos lógicos que encontramos un poco insípido como el agua, después de los manjares especiados y excitantes del pensamiento germánico. Esa manera un tanto impersonal del pensamiento francés, parecía desengañarnos a quienes, como nosotros, buscábamos ideas en que se expresara una húmeda y caliente contemporaneidad. Nos faltaba, además, para comprender bien a Francia, aquella educación clásica que, por sobre la circunstancia histórica o cambiante, fija los valores universales. En un vago y nervioso relativismo se disgregaba para nosotros el Universo. Queríamos ser hombres de nuestra época y nos lanzábamos al naufragio de esta civilización, con la inconsciencia de quienes no tienen pasado. Nuestro nomadismo intelectual iba por todos los caminos sin detenerse en ninguno. O bien las almas requeridas y hambrientas de fe se arrojaban, más por impulso ciego y emocional que por imperativo verificado en la conciencia, en el primer "ismo" que se les ofrecía. Era, y es, el tiempo en que las multitudes del mundo preferían seguir tras esos Césares de plazuela, los nuevos Anticristos, surgidos —como en la pintura de Lucas Signorelli— de la desesperación colectiva:

Transmito aquí la experiencia de muchos intelectuales suramericanos que se han formado y han descubierto el mundo en estos tormentosos tres lustros de la posguerra. Ellos nos separaron un poco de Francia. Entre tres grandes ideas: el mesianismo social que venía de Rusia, el vitalismo e irracionalismo alemán, el materialismo técnico de los yanquis, se han movido las dos últimas generaciones en esta apartada comarca de la civilización occidental denominada Suramérica. Aquellas ideas —aun subconscientement— han sido el alimento común de revolucionarios y oportunistas, de los que, como los personajes de Dostoievski, sintieron palpar en ellos un extraño destino demoníaco, y de los otros